

CONSUMIR PREFERIBLEMENTE ANTES DE...¹

aproximadamente 2000

LAURIE CHANNER

(canadiense)



Mackenzie hizo a un lado las sobras y el apio mustio para ver qué había en la parte trasera del frigorífico. Ahí seguía el vaso de plástico de yogur. Su padre aún no lo había visto o de lo contrario ya lo habría tirado. Era de color azul y blanco, y tenía un aspecto de lo más normal. Pero Mackenzie tenía miedo de abrirlo. Llevaba mucho tiempo ahí. Sería realmente asqueroso. De color verde y con moho, o tal vez incluso sería azul y con moho. Mackenzie había visto incluso moho de un vivo color púrpura en una ocasión. Y cuanto más tiempo pasara, peor se pondría.

Se agachó, haciéndose camino hasta el estante inferior. El cubo de la basura estaba al lado. Podía coger el envase y lanzarlo rápidamente al cubo sin siquiera abrirlo.

Mackenzie lo alcanzó.

Y algo en el interior se movió.

Dio un grito y apartó el brazo. La tapa se estaba hinchando. Y seguía hinchándose. Pero seguía cerrada. Tan herméticamente cerrada que parecía que fuera a estallar con solo tocarla.

Mackenzie imaginó el horrible y putrefacto aroma que se estaría intensificando en el interior del vaso de yogur. Glup. No podría deshacerse de él sin que aquella peste inundara toda la casa. Evidentemente, su padre se volvería loco. Más aún si el olor tardaba varios días en irse, como si fuera el de una mofeta².

Devolvió el resto de cosas al interior, cerciorándose de que el vaso quedaba oculto y de que nada entraba en contacto con él. Cerró la puerta del frigorífico a

1 Tomado de Channer (2003).

2 Mofeta: mamífero carnívoro y parecido exteriormente a la comadreja, de la cual se diferencia por su tamaño y pelaje. Es propio de América y lanza un líquido fétido que segregan dos glándulas situadas cerca del ano.

toda prisa y se quedó de piedra al pensar que tal vez el portazo habría sido tan fuerte que el vaso se habría sacudido y habría estallado. Durante un instante permaneció ahí, a la espera de oír «pop». Pero no sucedió. Aún no.

Mackenzie se marchó de la cocina.

—¿Lo abriste? —preguntó Jason.

Estaba montado en la bici, en la entrada de la casa de ella.

Mackenzie se había sentado para ponerse los patines.

—Ni pensarlo —sacudió la cabeza—. No pienso abrirlo. —Fue a raíz de una apuesta con Jason, su mejor amigo, que había ocultado el vaso de yogur en la parte trasera de la nevera. Todo aquello había sucedido antes de las vacaciones de verano. Ambos habían decidido que iban a dejar que algo se pudriera en la nevera. Ganaría quien consiguiera que Roddy Blandings vomitara—. La tapa ahora tiene esta forma —dijo, y trazó la forma abombada en el aire.

—¡Fantástico! —dijo Jason—. ¡Qué suerte tienes de no tener madre! El queso empezaba a tener moho cuando lo descubrió y lo tiró.

—Mi padre nunca limpia la nevera —dijo Mackenzie.

Pero estaba preocupada. La madre de Jason había tirado el queso al poco de empezar. Mackenzie se había olvidado del yogur hasta ayer, cuando Roddy había vomitado después de montar en los columpios del parque. Y ahora quien tal vez vomitaría sería ella.

—¡Ecs! —dijo Jason—. ¿Y si la cosa estalla como una bomba fétida? ¡Pum! Se llenará la cocina de una cosa asquerosa. Y tendrán que venir los Expertos.

Mackenzie no quería que sucediera tal cosa. Habían oído hablar de los Expertos en Eliminación de Consumibles, a los que se recurría cuando sucedía algo terrible en una casa, pero nadie en el vecindario los había visto. Los Expertos eran unos tipos grandes y tremendos, vestidos con abrigos de goma y que se desplazaban a bordo de un misterioso camión en el que guardaban las cosas que se pudrían. Roddy Blandings había dicho que también iba a parar al camión el responsable de la travesura, en un tanque de basura con toda la porquería que habían recogido.

—No van a venir solo por un vaso de yogur —dijo Mackenzie. Esperaba estar en lo cierto.

—Más vale que lo tires de una vez —dijo Jason.

—¡Ni hablar! —exclamó Mackenzie—. ¿Y si estalla cuando lo toque?

—Pues díselo a tu padre —dijo Jason.

—Está trabajando —dijo Mackenzie—. No puedo llamarle a menos que sea una emergencia. —Su padre trabajaba de jardinero y cada día estaba en un sitio diferente.

—Será una emergencia en el momento en que la cosa estalle —rio Jason—. ¡Me largo! —saltó sobre los pedales y empezó a pedalear en dirección al parque.

Mackenzie miró de nuevo a la casa, nerviosa, antes de salir tras él, patinando y gritando:

—¡Espera!

Era la hora de la comida cuando regresaron a la calle. De inmediato supieron que algo no marchaba bien. Se detuvieron en una máquina y se quedaron mirando.

—¡Eh! ¡Es tu casa! —dijo Jason, pues Mackenzie no podía verlo.

Un gran camión negro estaba aparcado frente a la casa de Mackenzie. Era mucho mayor que la furgoneta del padre de Mackenzie, que solía estar aparcada ahí. Del camión salía una ancha banda amarilla que llegaba hasta la entrada principal de la casa, y que entraba por la puerta, que estaba abierta. Detrás del camión había una cosa enorme, de cemento, con forma de lata y sobre ruedas. Aquella cosa tenía una tapa como la de una alcantarilla, con una bisagra gigante.

—¡Son ellos, son ellos! —dijo Jason—. ¡Y ahí está la cisterna de la basura!

Mackenzie sintió que algo se le removía en el estómago. Los Expertos en Eliminación de Consumibles estaban en su casa. Finalmente, la cosa aquella de la nevera debía de haber estallado. Y su padre ni siquiera había llegado del trabajo.

—Volvamos al parque —dijo.

Pero no se podía mover.

Los vecinos habían salido a los jardines de sus casas y observaban. Los mayores llevaban del cuello a los niños, y no les dejaban acercarse al camión. Corría el rumor de que el olor procedente de la cisterna de basura podía matar a una persona si se acercaba lo suficiente. Mackenzie se preguntaba si el olor del vaso de yogur tendría el mismo efecto. Olisqueó el aire, pero no olía a nada.

Dos tipos grandes, vestidos con unos grandes abrigos negros y abrochados, con enormes botas y unos cascos relucientes salieron por la puerta principal de la casa. Miraron a su alrededor, pero unas imponentes máscaras antigás les cubrían el rostro. Llevaban bombonas de aire a la espalda, y guantes, unos guantes gruesos y de goma que llegaban más arriba del codo, escondiendo las mangas de los abrigos.

Jason se acercó al adulto que le quedaba más próximo. Era una mujer que estaba en la calle fingiendo que lavaba el coche aunque en realidad observaba lo que sucedía, como el resto.

—Disculpe, señora —dijo—. ¿Qué sucede? Es su casa —y señaló a Mackenzie, que quería esconderse.

La mujer frunció el entrecejo al ver a Mackenzie.

—Debe de haber algo que pone en peligro al vecindario. Cuando los Expertos tienen que venir, es que sucede algo grave. Van a realizar una extracción.

—¡Pero si no los hemos llamado! —dijo Mackenzie—. ¡Ni siquiera estamos en casa! —se preguntaba cómo sabían lo que había hecho.

—¡Oh! Pero pueden entrar si es preciso —dijo la mujer—. En este sentido, son como la policía. —Dedicó a Mackenzie una mirada reprobatoria—. Y si nadie los ha llamado, la cosa debe de ser muy grave. Ve y diles que tú vives ahí. Querrán verte.

Mackenzie no sabía que aquel vaso pudiera ser un peligro para toda la calle. Tampoco sabía el sentido de la palabra «extracción». Le sonaba a lo que hacían con un niño de diez años que hubiera causado problemas. Extraerlo y llevarlo a la cisterna de la basura.

Mackenzie se dio la vuelta y patinó tan rápido como pudo.

Regresó al parque. No había un alma. Todos los chicos habían ido a su calle, a ver a los Expertos.

Mackenzie se columpió, pero no se divertía. Se quedó mirando al suelo y se preguntaba si jamás podría volver a casa.

—¡Mackenzie!

Alzó los ojos y vio cómo se acercaba un hombre. Un hombre grande, vestido con un gran abrigo negro y con botas y casco. Iba directamente a por ella, y se dirigía a ella por el nombre.

¡Lo sabían! Mackenzie saltó del columpio dispuesta a huir. Pero se olvidó que aún llevaba puestos los patines y cayó al césped. El hombre se había puesto a correr para atraparla, ataviado con aquel traje de goma negro, aterrador, que se sacudía al ritmo de sus movimientos, como si fuera un murciélago o un pájaro comeniños gigante. Mackenzie intentó huir patinando, pero la hierba estaba húmeda y volvió a caerse, y se torció un tobillo. No podía ponerse en pie. A su espalda, las botas del Experto sonaban cada vez más cerca. Lanzó un grito y cerró los ojos al tiempo que el hombre se agachaba y la cogía.

—¡No huyas, Mackenzie!

Mackenzie gritó y dio patadas. El hombre la levantó.

—Tienes que venir conmigo —dijo con una voz firme y profunda.

Iba a acabar en la cisterna de la basura, lo sabía.

—¡No! ¡No! —exclamó. Intentaba zafarse—. ¡No me llesves!

De súbito, Mackenzie notó que la devolvían al césped. El Experto se puso de cuclillas y la miró de frente.

—Mackenzie, ¿qué crees que estamos haciendo ahí dentro?

Ya no llevaba la máscara de ojos saltones pero, por debajo del casco, se le veía con el ceño fruncido. Mackenzie seguía asustada.

—Habéis sacado algo de la nevera y ahora me vais a llevar a la cisterna de la basura —dijo, rompiendo a llorar.

—Tenemos que realizar nuestro trabajo para proteger a la gente —dijo el Experto—. Hay muchas cosas peligrosas en el mundo, mucho más peligrosas que antes. Cosas que provocan enfermedades. No podemos dejar que se escape un germen y que, por su culpa, todo un vecindario enferme. Necesitamos que nos digas dónde encontrar a tu padre.

—¡Mi padre no les dejará que me lleven a la cisterna de la basura!

El Experto se sentó y se quitó aquel casco parecido al de los bomberos.

—¿Quién te ha dicho eso? ¡No vas a ir al tanque!

—¡Oh! —Por vez primera, Mackenzie advirtió que el hombre tenía el pelo castaño y ondulado, como su padre—. ¿No?

El Experto le alargó su enorme mano. Mackenzie la esquivó, pero el hombre la despeinó.

—No lo haremos si nos ayudas a hacer nuestro trabajo —dijo, y sus ojos se almendraron cuando sonrió.

Mackenzie estaba en el porche de su casa, mientras los Expertos se llevaban sus cosas y recogían la cinta amarilla. Ya habían acabado en su casa y se habían despojado del equipo. Bajo los abrigos, vestían camisas y pantalones azules como los que solía usar su padre para ir al trabajo. No se quitaron las botas. El segundo Experto era rubio.

Los chicos del vecindario, incluido Jason, miraron a los Expertos y luego a Mackenzie, como si ella también fuera importante.

El Experto de ojos almendrados fue hasta el camión y volvió con algo. Era un vaso de yogur con el nombre «Metro» en rojo.

—Toma —dijo—. Lo hemos limpiado. Puedes quedártelo. A los niños siempre os gusta guardar envases.

De repente, Mackenzie tuvo un mal presagio. Aquel no era su vaso. Ese era uno que su padre había comprado hacía solo una semana. Estaba en la primera fila de la nevera. Su vaso era azul y blanco. Un vaso abombado de color azul y blanco. Tal vez no lo habían visto, allá, al fondo del último estante. Y el suyo no solo contenía yogur. Había puesto mil cosas en el interior que podían estropearse. Había metido incluso fertilizante que había sacado de la camioneta de su padre. Nunca se lo había contado a Jason, por si pensaba que era hacer trampas.

Mackenzie quería contárselo a los hombres, pero no era capaz. Tal vez dejarían de ser amables si descubrían que estaba criando algo malo a propósito. Pero también se sentía mal al no hablarles de ello.

Oyó que el rubio estaba hablando con su padre por teléfono.

—El escáner del cajero de Food Mart nos ha revelado el nombre de todas las personas que compraron un cierto tipo de yogur —dijo—. Marca Metro, 250 mililitros, natural, en packs. Es una remesa muy mala. Se contaminó en la lechería. Tienen suerte de no haber probado ni uno aún. Me temo que no tenemos tiempo de limpiarle la nevera, pero aún nos quedan muchas visitas. Aun así, vaya pensando en tirar el apio.

Mackenzie fue hasta la cocina sin que lo viera y se quedó frente al frigorífico. No parecía haber cambiado. Pero seguía habiendo algo malo en el interior.

Por la puerta principal, aún abierta, pudo oír cómo se cerraban las puertas del camión. Unos segundos más y sería demasiado tarde para decírselo a los Expertos. Mackenzie todavía no estaba segura. Tal vez si volvía a echar un vistazo...

Al alcanzar el pomo de la puerta de la nevera, oyó un «pop» alto y súbito. Mackenzie se detuvo con la mano en alto.

El frigorífico empezó a moverse.

Mackenzie gritó al tiempo que la puerta se abría. Un huevo podrido, leche agria y un asqueroso olor salieron proyectados. Volvió a gritar conforme una cosa grande y viscosa, y de un color verde turquesa, se inflaba en el último estante. Empujaba todo lo que tenía ante sí. Al suelo cayeron tarros de mostaza y de salsas. Se hacía cada vez más grande, y cambiaba de forma, golpeando las baldas que quedaban encima. Las botellas de leche y de refrescos estallaron al chocar con el suelo. Por todas partes se habían esparcido restos y aquella cosa de la nevera seguía creciendo.

Mackenzie no podía soportar seguir ahí, inmóvil. A causa de aquel olor horrible, se desvaneció.

No les oyó llegar, pero de repente los Expertos estaban en la puerta de la cocina. Pero entonces, la cosa del frigorífico se abalanzó sobre ella.

Se pegó a su espalda y su asquerosa textura verde recubrió a la chica. Era casi tan grande como Mackenzie, con unos pulmones que parecían de enredadera y que trataban de rodearla a pesar de su oposición. Aquel olor espantoso y terrible la estaba ahogando. Podía oír cómo los hombres se gritaban entre sí.

—¡Yo la sacaré, tú coge las tenazas!

Uno de los Expertos había saltado contra la criatura y la separó de la niña, y la cosa empezó a retorcerse por el suelo. Ahora había cubierto al Experto, al del pelo castaño. No podía verle la cara, cubierta por aquella cosa apestosa y que se retorecía, sino simplemente el pelo. Mackenzie cogió una botella de spray desinfectante del armario que estaba bajo el fregade-

ro y lanzó un chorro. La criatura se resistió al spray y continuó pegada al hombre. Los gritos apagados de este iban perdiendo fuerza.

El Experto de pelo rubio regresó corriendo a la cocina con las pesadas tenazas negras y las hundió con fuerza en la cosa verde. Una mezcla poco espesa de sangre y yogur blanco salió despedida en todas las direcciones. Volvió al ataque. Mackenzie escondió el rostro.

Aquella cosa de textura de yogur emitió un silbido que se tornó en un gorgoteo. De repente, todo había vuelto a la calma.

Mackenzie abrió los ojos. Las paredes de la cocina estaban cubiertas de yogur, y aquella horrible cosa verde seguía sobre el cuerpo del Experto en el suelo.

—¡No se mueve! —dijo.

El Experto rubio quitó los restos de la criatura de encima de su compañero. El hombre del pelo castaño y ondulado seguía sin moverse.

—¡Le has dado con las tenazas! —gritó Mackenzie.

—No —dijo el compañero—. Se ha ahogado debajo de esa cosa —se arrodilló—. Nunca había visto nada así —sacudió la cabeza, incrédulo—. Tratamos con comida y con gérmenes, no con monstruos.

Mackenzie entonces rompió a llorar, allí mismo, en el suelo. Todo era por su culpa.

—Lo siento.

El Experto sacudió la cabeza y adoptó un aire también triste.

—No, es culpa nuestra. Deberíamos haber comprobado todo el frigorífico cuando aún llevábamos las máscaras puestas. Entonces se habría salvado.

Se sentó en el suelo y con un brazo rodeó a Mackenzie y observó a su compañero.

—Al menos, estará contento por haberte salvado —dijo.

Pero Mackenzie no podía dejar de llorar.

Pasó mucho tiempo antes de que las cosas regresaran a su cauce. El padre de Mackenzie regresó a casa al mismo tiempo que lo hacían los agentes para ayudar al Experto a echar aquella criatura que había salido del yogur en la cisterna de basura. El vecindario miraba, y Roddy Blandings vomitó al ver y al oler aquella cosa. Y luego se llevaron al Experto muerto.

Diversos miembros de un cuerpo especial limpiaron la nevera y el yogur de la cocina. Cuando acabaron, le ofrecieron un vaso de yogur azul y blanco, limpio. Mackenzie no lo quiso.

